

EL LECTOR Y EL SANO PREJUICIO DEL COMPARATISMO

«En el fondo, todo el mundo es más o menos comparatista »

Claudio Guillén

¿Qué busca el que lee?

La pregunta inicial que interesa a un editor de textos, sea a modo personal un escritor, o a modo corporativo una empresa editorial, es ¿Cuándo un lector se acerca a un texto qué busca?: ¿Informarse? ¿Persuadirse? ¿Complementar lo ya sabido? Y sí su acercamiento lector tiene alguna de estas finalidades o ninguna de ellas, ¿qué espera después de comprender tales ideas o argumentos? Porque se sobreentiende que nadie, a menos que sea un repulsivo deber, lee sin un propósito específico. El mito que se invoca de que hay actualmente un nivel bajo de lectores, se ve obligado a desaparecer ante el auge de revistas especializadas que se han hecho un público lector, influyendo a su vez en la construcción de nuevos textos como una dinámica lector-escritor-lector. Porque todo el que escribe, lee, aunque no todo el que lee, escribe.

Escoger qué leer, cómo leer y fundamentalmente porqué leer es propio de la motivación y la disciplina de cada persona. Como decía Virginia Woolf, *siempre hay en nosotros un demonio que susurra “amo esto, odio aquello” y es imposible callarlo*. La temática seleccionada, tiene mucho que ver con subjetividad del que lee, y esto como un fenómeno fragmentario, producto de la educación técnica, porque en otro tiempo los lectores eran integrales con el acercamiento al conocimiento. De ahí la remembranza por la educación grecolatina. Pero la pregunta sigue en el aire ¿qué busca un lector cuando se acerca a un texto? No se escatima lo que dice Harold Bloom en el ensayo ¿qué leer y porqué leer? de que *en definitiva leemos para fortalecer el sí mismo (the self) y averiguar cuáles son nuestros intereses auténticos*. Pero la pregunta va más allá de una definición subjetiva.

Para intentar acercarnos a una posible respuesta, es necesario partir de la idea de que el primer prejuicio personal del que le interesa el acto de leer, es el llamado “*comparatismo*”. Y este primer prejuicio, si se quiere llamar así a falta de otra palabra, originariamente fue creado y usado por los gramáticos y filólogos como una herramienta crítica, para comparar los textos literarios plasmados en diferentes idiomas y desarticular el sentido, y hacer ingeniería literaria.

Sin embargo ante la moderna proliferación de textos físicos y virtuales a los que nos vemos confrontados como, artículos, notas, ensayos, tesis, etcétera, la crítica se pasa de bando junto con sus herramientas. A saber, del de los especialistas, al de los lectores comunes. Cualquier lector interpela, interpreta y asimila el texto que tiene ante sí, poniéndolo en relación con otros textos que conoce, por haberlos leído o por obtenerlos por referencias indirectas, sin limitarse a examinar los mismos escritos en diferentes idiomas (el comparatismo original). Desde ese acercamiento *comparatista*, es que el inter-lector puede evaluar lo leído, y formarse juicios y emitir opiniones propias.

¿Pero qué es leer?

Leer no es ningún juego, ni ninguna aventura, ni ningún viaje. Dejémonos de tópicos y metáforas que en nada ayudan a entender el complejo acto lector. Leer es haber leído. Ello supone un ejercicio, un trabajo cognitivo y metacognitivo, un movimiento recursivo de la inteligencia y de la afectividad, de la memoria, del léxico, del imaginario social y simbólico y, en última instancia, de los conocimientos referenciales que uno alberga en su personalidad. Conocimientos comparados a una especie de biblioteca interior. También añádase a ello la coerción física real de estar en silencio, de no moverse y de poner los cinco sentidos en la página. Así entonces el que usa del “*comparatismo*”, (comparar, como herramienta moderna sin recurrir a idiomas extranjeros) para leer, lo hace con un bagaje como herramienta interpretativa sobre el tema leído, sino de otra forma no se “conectaría” con el texto, ni le interesaría un primer acercamiento. Porque como diría Sartre en su libro *¿qué es la literatura?, el escritor y el lector trabaja con significados*.

Es en la lectura, frente al texto, donde convergen dos puntos de vista: el del que escribe y el del que interpreta tal lectura. Para ambos se requiere un compromiso irreductible. No es posible llamar literatura, “arte del lenguaje” a la función solitaria de un escritor que ignora el que lee, porque este ceñido al texto puede analizar, interpretar y descomponer el trabajo textual por medio de la crítica inherente de la comparación. Tal situación suscita la pregunta ¿estamos ante buenos lectores, o ante especialistas de lectura? Lo único cierto es que hoy en día el lector está informado, no necesita que lo instruyan, sino que lo complementen en lo sabido. El lector maneja una agenda de elecciones la cuales, en determinado momento, se hacen selectivas (tipos de lectura,

temática, incluso aceptar o rechazar un tipo de texto por la fuente o tipografía usada) exclusivas y excluyentes. Nadie se hace lector o invierte su tiempo en una lectura solo porque sí. Llegado a este punto, es conveniente preguntarse hasta qué punto el prejuicio del *comparatismo* es bueno y se puede usar para permear otras modalidades textuales, sin disolver lo propiamente llamado literatura. Es la superabundancia de información que obliga a ello, o sea a usar el comparatismo como herramienta de clasificación e identificación de un texto en cualquier formato o presentación formal, informal o profesional.

Así entonces alguien será más “comparatista” en la medida en que tenga más relaciones de conocimiento sobre el tema expuesto. Porque la superabundancia de información (dada a través de publicidad, internet, televisión) no deja a la sociedad sin conocer, a excepción de países donde la censura es puesta para adoctrinar más que educar. Por eso las revistas culturales o periódicos, tienen un cierto público lector, con un nivel de acercamiento increíble al texto editado. La comparación ya no se hace por vías académicas, sino por la experiencia directa de una información obtenida por diferentes medios. Por eso el periodismo 2.0 se ha vuelto un fenómeno, porque aquellos que antes necesitaban ser informados, son los que hoy informan, con veracidad y unanimidad. En otras palabras lo que leen son los que hacen la literatura. No hay otra forma. Hay una transformación del conocimiento (*knowledge transforming*) que se sostiene por la comparación.

Es importante hacer la salvedad, de que este “*comparatismo*” no solo se aplica a la tradición literaria, sino también a diversas temáticas como lo son el cine, la pintura, la música, la historia, la política, la prensa, la cocina o el deporte. La lectura (porque el que escribe, primero es un lector) no nos encierra dentro de estrechas fronteras, habitadas solo por lo semejante, por otros textos, por ejemplo, como si se tratara de una sola línea de expresión. Sino que es común relacionar un artículo o ensayo sobre política, con un tema psicológico, o uno de pintura con la literatura científica. Es la “multiplicidad” de relaciones lo que hace que el “*comparatismo*” sea el primer sano prejuicio de los lectores modernos, los lectores de a pie, como le gusta llamarlos los lectores especializados.

Ahora no se trata de una interpretación “*comparatista*” a la mejor manera de los filólogos, o los académicos que no son ajenos a las experiencias literarias a la hora de leer, sino de las muchas vías de acceso que se abren como posibilidad ante todas las personas

interesadas en conocer. El papel del prescriptor que tenía el académico o el crítico, jugaba a su favor: era el informado. Ahora esto dejó de ser (o deja de ser) en cuanto las nuevas tecnologías de la información (TICS) posibilita que el lector busque, participe, reciba y aporte información, siempre comparándola para verificar el error o el acierto comunicacional

Y sí se requiere que quienes avalen un texto, sean profesionales de la crítica, no es de ignorar la posibilidad de que *los lectores de a pie* se erijan como tales críticos que conocen el entorno y las condiciones delimitadas que hacen posible tal aceptación textual, dejando un objetivo claro: el que escribe y el que lee se fusionan en una experiencia comparada. En este optimismo masoquista, de generalizar la actitud de los lectores, una pregunta de fondo incomoda más ¿Qué hace buenos lectores? ¿Acaso es un arte automático el leer sin estructuras previas? o ¿son lectores estadísticos más que reales?

Diego Firmiano – Colombia
e-mail: diegofirmiano@gmail.com